

Treinta y tres dientes

Colin Cotterill



AMOK
EDICIONES

Treinta y tres dientes.
Serie *Doctor Siri Paiboun.*

Título original: *Thirty-Three Teeth.*

© 2008, Colin Cotterill

publicado de acuerdo con el autor por BAROR INTERNATIONAL, INC.,
Armonk, New York, U.S.A.

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD.

28001 — Madrid — España

comunicacion@amokediciones.es

© AMOK Ediciones para esta primera edición en España, febrero de 2023.

© 2022, Francisco González López, por la traducción.

Agustín Ferrer Casas, por la ilustración de cubierta.

Alicia Escamilla, por la edición de mesa.

Natalia Martínez, por la maquetación.

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvín para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-07-1

Depósito legal: M-30299-2022

Impreso por Leitzaran Grafikak

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mi familia, por su fe
y su apoyo a lo largo de todos estos años.*

FORMULARIO A223-79Q

PARA: Juez Haeng Sombou
A/A: Departamento de Justicia,
República Democrática Popular Lao
DE: Dr. Siri Paiboun
REF: Forense nacional
FECHA: 13/6/1976

CURRICULUM VITAE:

- 1904 Año arriba, año abajo (los años no tenían límites tan claros por aquel entonces). Nacido en la provincia de Salavan, de padres supuestamente *hmong*. No lo recuerdo.
- 1908 Me llevan a vivir con una tía malvada.
- 1914 Me dejan en un templo de Savanaketh a merced del Gran Maestro Buda.
- 1920 Termino el instituto. Notas mediocres.
- 1921 La inversión de Buda da sus frutos: gracias a una rica y generosa mecenas francesa me voy a París. Los franceses me hacen repetir el instituto para asegurarse de que mi aprobado no fue de chorra.
- 1928 Ingreso en la Facultad de Medicina de Ancienne.
- 1931 Conozco a Bouasawan y me caso con ella. Me afilio al Partido Comunista por diversión.
- 1934 Comienzo una residencia en el hospital Hôtel-Dieu. Decido que, después de todo, me gusta eso de ser médico.
- 1939 Regreso a Laos.
- 1940 Paso el rato en las junglas de Laos y Vietnam. Recompongo a soldados despedazados y trato de evitar bombas.
- 1975 Vuelvo a Vientián con la esperanza de jubilarme en paz.
- 1976 El Partido me secuestra y me nombran forense nacional. (A menudo lloro por el gran honor que me ha sido concedido).

Sinceramente,

DR. SIRI PAIBOUN

Vientián, República Democrática Popular Lao, marzo de 1977

Tumba, dulce tumba
Adiós a la diarrea
Dos muertos en una bici
El burócrata volador
En carne y hueso
Capital real
Cadáveres carbonizados
El fruto prohibido
Adiós a la sindicalista
El jardín de las delicias
999 999 elefantes
La hija que sobrevivió
La conga del exorcismo
Adiós a la contrabandista de cerveza
El muerto al hoyo
Un ruso muy picarón
El segundo amanecer
El hombre de sus sueños
Un país sin abogados
El imitador de sapos
Y la luna desapareció
El doble de Siri
Buscando a Dtui
El hombre tigre
Terror ciego
El hombre que se arrancó la cabeza
Año Nuevo en abril
Nada de celebraciones espontáneas: ¡haya orden, por favor!
Un par de epílogos

Vientián, República Democrática Popular Lao, marzo de 1977

La hoz y el martillo de neón de la discoteca del hotel Lan Xang parpadeaban sobre el cielo malva. El sol se había ocultado ya por tierras tailandesas, al otro lado del río Mekong, y las camareras estaban encendiendo las lamparitas que convertirían el desabrido salón celeste en una misteriosa guarida nocturna.

Faltaba una hora para que llegase una nutrida delegación vietnamita, y los miembros del politburó del Partido Revolucionario Popular de Lao habían preparado una velada muy amena. En primer lugar presenciarían una versión laosiana de la danza cosaca a cargo de unos pobres paletos ataviados con gorros de piel. Luego beberían *whisky* de arroz directamente de las cubas —pajita mediante— hasta acabar bien achispados y, por último, tendrían que bailar con una tropa de recias mocetonas vestidas con faldas hasta los tobillos y pintadas como una puerta.

En caso de sobrevivir a todas estas atenciones, los vietnamitas podrían regresar a sus aposentos y dormir la mona. Al día siguiente se despertarían con la cabeza como un bombo y estamparían sus rúbricas en los documentos que sentarían las bases del próximo Pacto de Amistad entre Laos y Vietnam y, probablemente, no se acordarían de casi nada.

Pero todo eso estaba por llegar. Los escasos empleados del turno de noche del hotel acababan de dar el relevo a los del turno de día, también escasos. La sudorosa recepcionista se afanaba en planchar una camisa en el acristalado despacho que había detrás del mostrador y la camarera de piso estaba llevando un bol de gachas de arroz a un huésped enfermo de la tercera planta.

Fuera, un viejo guardia con una chaqueta tan holgada que le llegaba a las rodillas, se disponía a cerrar la puerta de atrás, la que daba a la calle Sethathirat. Así impedía que alguien se colase en los jardines del hotel: ni los perros callejeros ni quienes tuviesen la tentación de refugiarse de las inmisericordes noches de la estación cálida. Un muro de dos metros protegía el recinto como si fuese algo más especial de lo que era.

Las hojas flotaban sobre las grasientas aguas de una piscina. Las flores crecían obedientes en sus espaciados parterres, mejor provistas de agua que cualquiera de los hogares de la calle. Algo más allá se encontraban las jaulas. Eran de hormigón macizo, tan bajas que un hombre alto tendría que agacharse para ver el interior. Dos de ellas estaban vacías, solo albergaban los espíritus de los animales encarcelados allí de forma temporal: un mono ocupando el lugar de un ciervo, un pavo real asumiendo la condena de un perro salvaje.

Pero entre las lúgubres sombras de la tercera jaula se oyó una especie de resuello. Con un movimiento extraño, como letárgico, el animal se rascó la piel seca. Era la osa negra malaya, la que no tenía nombre; la lavaban muy esporádicamente y a manguerazos —mientras regaban las buganvillas—, y le daban de comer las sobras de la cocina. Su pelaje era irregular y sin brillo, como una alfombra por la que pasa mucha gente. Solo Buda —desterrado de la república socialista hacía cosa de quince meses— debía de saber cómo la criatura habría sobrevivido tanto tiempo en semejante zulo.

La gente iba a verla todas las tardes y los fines de semana. Los visitantes se colocaban frente a la jaula y la observaban. Ella les devolvía la mirada a pesar de que sus vidriosos ojos inyectados en sangre apenas distinguían las socarronas facciones de sus espectadores. Los niños la señalaban y se reían de ella, los padres más atrevidos introducían palos a través de los barrotes, pero a la osa negra ya todo le daba igual.

Como era de esperar, al día siguiente culparon al viejo guardia. «Demasiado *whisky* de arroz, —adujeron—. Un gandul». El guardia lo negó, por supuesto. Juró que había cerrado la puerta de la jaula, que después de verter las sobras del banquete vietnamita al cuenco del animal, echó debidamente el cerrojo. Estaba segurísimo. Juró que la bestia seguía allí cuando hizo la ronda de las cuatro de la

mañana y juró que no tenía ni idea de cómo pudo escaparse, ni de adónde fue. Pero lo despidieron de todos modos.

Después de una angustiada búsqueda por todos los terrenos e instalaciones del hotel, el director aseguró a los empleados que el lugar era seguro y que ahora el asunto estaba en manos de la policía. De hecho, ni siquiera estimó oportuno mencionar la fuga a los huéspedes. Para él, el problema había quedado zanjado.

Para Vientián, en cambio, no había hecho más que empezar.

Tumba, dulce tumba

El sol abrasaba cada rincón del nuevo barrio. El camarada Sivilai se apeó de la calurosa limusina negra y, sin echar el seguro a las puertas, se dirigió al mausoleo de hormigón donde habían realojado al doctor Siri. La verja y la puerta principal estaban abiertas y podía verse claramente el pequeño jardín de atrás, no había ningún mobiliario que interrumpiese la visión.

Tras quitarse de un puntapié las sandalias de los domingos, Sivilai entró en el recibidor. Era como si los albañiles y los pintores acabaran de irse de allí: las paredes exhibían un impoluto azul piscina idéntico al del aeropuerto de Wattay, no había cuadros, carteles ni fotografías de héroes de la Revolución, ni un patito de escayola, ni un mísero reloj. Si no supiera que Siri llevaba un mes viviendo allí, habría dicho que la casa estaba vacía.

Cruzó una pequeña estancia en la que montones de ropa indicaban que se hallaba cerca de alguna forma de vida primitiva. Efectivamente, su amigo estaba en el jardín de atrás. El doctor Siri Paiboun —reticente forense nacional, azaroso médium, desencantado comunista— estaba balanceándose en una hamaca colgada entre dos guánabos. Un hombre más corpulento habría tronchado los árboles.

A su sombra, Saloop —chucho rescatado y eventual salvavidas— yacía amodorrado por el calor. El animal abrió un ojo, resolvió que Sivilai era demasiado viejo y tenía demasiada alopecia como para suponer alguna amenaza, y reanudó de inmediato su siestecita.

Un mes antes aquello no era más que un solar de escombros. A día de hoy, en cambio, parecía una auténtica selva; Siri había hecho

lo posible por recrear el entorno en el que había pasado los últimos cuarenta años de los setenta y dos que tenía. Los compañeros más allegados de la morgue lo ayudaron a recorrer los alrededores de la ciudad en busca de árboles y arbustos con los que dar vida a su humilde búnker. Era el modo que tenía el Partido de darle las gracias por los servicios prestados.

—Espero no molestar —dijo Sivilai plenamente consciente de lo molesto que estaba siendo. Los turbadores ojos verdes de Siri se abrieron lentamente para ver a su mejor amigo junto a él.

—Tú, jovencito, deja el zumo helado de lima en la mesa y regresa inmediatamente con los criados.

Sivilai era dos días mayor que el médico. Ambos habían nacido el año del dragón y ambos hacían gala de su característico fuego y mal humor; sin embargo, ninguno de los dos había manifestado la reticencia del dragón a sentar cabeza: tanto uno como otro habían contraído matrimonio con la primera mujer de la que se habían enamorado y jamás les fueron infieles. Eran de una estirpe de dragón poco común en Laos.

—De modo que es así como los médicos burgueses pasan los domingos. ¿No deberías estar cavando zanjas para la república? —preguntó Sivilai y se acomodó en el pequeño catre de madera.

—Hermano, no soy más que un anciano desvalido. Un día de trabajo físico podría llevarme directo a la tumba y en el estado en que me encuentro, dudo que me quede más de un mes de vida. Tus compañeros del politburó deberían estar buscando como locos un forense que me sustituya.

El doctor Siri no tenía nada de desvalido. Estaba muy lejos de los negros arqueros de la muerte, aún tendrían que pasar muchos años antes de que sus flechas lo rozasen siquiera. Su cuerpo, recortado y macizo, seguía correteando de aquí para allá como un inquieto ratoncillo de río. Incluso a los más jóvenes les costaba seguirle el ritmo.

Su mente se había agudizado aún más gracias a sus nuevas habilidades. Siempre había sido un hombre lógico, pero en los últimos cinco meses había adquirido el tipo de conocimientos que no se imparten en la universidad. Por razones que aún intentaba aprehender, había sido nombrado cónsul honorario de Laos en el mundo de los espíritus.

Este nombramiento le venía como anillo al dedo en su trabajo como forense jefe —y único— de la República Democrática Popular Lao. Aún no era capaz de controlar las visitas de sus difuntos clientes, ni de hacerles preguntas concretas, pero estos acudían a él de forma regular y le iban dejando pistas. Lo que le faltaba de experiencia —solo llevaba un año como forense— lo compensaba gracias a esta peculiar comunión con los muertos. Su mente tridimensional había heredado una cuarta dimensión.

—Sabes que nunca podremos reemplazarte, hermano. Eres una leyenda.

—¿Una leyenda? —Siri se incorporó y se sentó en la hamaca—. ¿Una leyenda no es una versión tediosa y poco fiable de la realidad?

—Exactamente.

—Hay que ver qué calor hace, ¿eh?

—Uf, horrible.

Se trataba del himno de la estación cálida laosiana que se repetía *ad infinitum* por toda la capital. Este verano estaba siendo especialmente impío y se oía incluso más de lo habitual.

Siri reparó en la bolsa de tela que Sivilai sostenía en el regazo.

—¿Me has traído algo?

—Nada que sea de tu interés.

—Deja que sea yo quien lo juzgue.

—Los soviéticos nos están cortejando. Quieren nuestro permiso para construir una antena parabólica con la que espiar a los yanquis. Mientras nos lo pensamos, no dejan de agasajarnos con pequeños incentivos. —El tapón de una botella asomó por la bolsa.

—¿Vodka?

—Moskovskaya, el mejor que puede conseguirse por estos andurriales. Pero imagino que no tienes mucha sed.

Siri se bajó de la hamaca y fue a la cocina a buscar otro vaso antes de que la palabra «sed» saliese de los labios de Sivilai.

La mañana se convirtió en sobremesa.

—No sé cómo los rusos pueden meterse esto entre-pecho-y-espalda —farfulló Sivilai convirtiendo las últimas cuatro palabras en una sola.

—Yo tampoco. No me extraña que las mujeres tengan más pelo que las mujeres.

—Que los hombres.

—¿Qué hombres? ¿Dónde?

Tal era el punto de deterioro al que había llegado la conversación. En la botella quedaba lo justo para un par de vasitos más; los amigos se sentaron juntos en el largo e incómodo catre de madera y a pesar de que en el jardín no se movía ni una hoja, ellos se balanceaban como si fuesen en un bote salvavidas en alta mar. Sivilai se percató de la mosquitera enrollada que colgaba encima de ellos.

—¿Duermes aquí fuera, hermano?

Siri movió la cabeza de un lado a otro.

—Sí.

—¿Para qué quieres una casa entonces?

—Eso es exactamente lo que le dije al juez Haeng. Pero insistió en que, si quería un jardín, debía tener también una casa. Me dijo —imitó el tono agudo y quejica de su joven superior—: «Somos miembros veteranos del Partido, camarada Siri. Así pues, hemos de predicar con el ejemplo. Dormir en los árboles debe seguir siendo dominio exclusivo de los primates». Me sorprendió que supiera lo que era un primate.

—¿Qué tienes en contra de las casas?

—Contra las casas no tengo nada, pero esto no es una casa. Una casa es una estructura de madera, bien ventilada, construida sobre pitotes...

—Pilotes.

—Eso he dicho. Sobre pitotes, cruje cuando andas por encima, se mueve cuando hace mucho viento y tiene goteras en la temporada de lluvias. ¿Esto? Esto es un sorcafo... un... un safoga... sarfo... sarcófago.

—Bien dicho.

—¿Por qué tiene este régimen tanta fijación con el hormigón?

—Cuestión de sostenibilidad. Esta casa seguirá en pie dentro de mil años, cosa que no podremos decir de tus queridas casas de madera. Acuérdate de los tres cerditos.

—Exacto. Es una pocilga.

—¿Qué dices?

—Bueno, una tumba. Me siento como si me hubieran sepultado, es muy macabro.

—¿Cómo es posible que tú, precisamente tú, te quejes de que algo sea macabro?

—Soy forense. No un cadáver.

Sivilai soltó una carcajada y se apoyó en la pared.

—Por cierto, ¿qué tal andan tus compadres los fantasmas?

Siri sondeó a su amigo tratando de averiguar si, como era costumbre en él, pretendía mofarse de sus conexiones espirituales.

—No ha habido mucha actividad desde noviembre, cuando ocurrió lo de los vietnamitas. Pero apenas hemos tenido misterios últimamente.

—¿Solo aparecen en momentos complicados?

—No, están por aquí todo el tiempo, hacen acto de presencia pero no tienen por qué decir nada. Por ejemplo, hay una anciana que viene por mi despacho... —le dio un golpe de hipo—. Perdón, todas las noches. Se queda sentada mirándome fijamente mientras masca nueces de areca, pero no hace nada.

—¿Sabes, Siri? A veces me da repelús cuando cuentas esas cosas. —Se acercó y vertió los restos del soborno soviético en los desportillados vasos—. Deberíamos terminar esto antes de que el vodka acabe erosionando el fondo de la botella.

—Un brindis por la ilustre Unión de Republicistas Sovalistas.

—Creo que no deberías tomar más.

Se bebieron los restos y Siri se puso en pie entre tambaleos.

—Gracias a Dios que se ha acabado. Ahora vamos a tomarnos un magnífico café.

La sobremesa se convirtió en noche.

Las sombras de la improvisada selva caían ya sobre los dos ajumados patriotas y trepaban por el muro de hormigón. El pegajoso café los estaba sacando del estupor dominical y Sivilai hizo un último intento por hacer que su amigo se reconciliase con su nuevo hogar.

—Creo que este sitio es encantador.

—Vale, pues múdate tú aquí y yo me voy con tu mujer.

—De acuerdo, lo pensaré.

—Se suponía que era una recompensa, pero es más bien un castigo, hermano. Tengo a la metomentodo de la señorita Vong a un lado, y a un funcionario corrupto de Oudomxay al otro.

—¿Por qué no dices eso último un poco más fuerte?

Siri no le hizo caso.

—Y para colmo hay un altavoz emitiendo diatribas contra el mundo no comunista en la puñetera esquina de la calle desde las cinco de la mañana. No podría ser más infeliz.

—Lo que te hace falta es una buena mujer que le dé vida a la casa. Supongo que no habrás...

—No.

—Solo me preguntaba si te habías...

—No.

—... puesto en contacto con ella. Eso es todo.

—No. Y no lo voy a hacer. No vuelvas a preguntar.

—Me parece una tontería.

Siri se quedó cabizbajo un par de segundos.

Solo había tenido una cita desde la muerte de Boua y había sido un absoluto desastre. Siri sabía que Lah era una mujer a la que podría querer y que el sentimiento era correspondido. Lah tenía un carrito de *baguettes* frente al hospital Mahosot y, desde el momento en que Siri empezó a trabajar allí, siempre le guardaba un bocadillo especial preparado con mucho mimo. Bromeaban, coqueteaban y ella no ocultaba que el doctor le hacía tilín.

Una vez que su difunta esposa Boua le concedió el beneplácito *post mortem*, Siri se arrojó a los brazos del nuevo romance como un adolescente. La noche de la fatídica cita, cuando vio a Lah esperándolo tan elegante y acicalada —parecía una reina del teatro tailandés *likay*—, las mariposas del estómago estuvieron a punto de hacerlo levitar.

Ella se acercó corriendo con poca elegancia —no estaba acostumbrada a llevar tacones— y le estampó un beso en la mejilla. Al sentir el roce de sus labios, ciertas partes de Siri que llevaban años hibernando comenzaron a desperezarse. Todo era idílico y maravilloso y se hallaba en un precipicio con vistas a lo que podía ser el sublime ciclo final de su vida.

Siri estaba a punto de bajarse de la moto cuando Lah le dio un regalo. Estaba envuelto en un papel precioso y pesaba mucho; dijo

que lo había encontrado en un mercadillo, que sintió como una especie de llamada y que pensó que podría poner fin a la racha de mala suerte que estaba atravesando Siri. Cuando abrió la caja, todas sus esperanzas se desmoronaron como una estupa de arena.

En la funesta caja de cartón se hallaba un amuleto negro erosionado tras décadas de dedos anhelantes, atado a una deshilachada correa de cuero. Siri lo conocía a la perfección.

Lah sonrió con la esperanza de que su apuesto dandi le devolviera la sonrisa pero en cambio, la expresión del rostro de Siri la asustó. Sus agrestes cejas blancas se juntaron en el centro, movió la cabeza lentamente y le preguntó:

—¿Cómo has podido hacer esto?

—¿Qué...?

Sin mediar palabra, Siri se marchó a toda velocidad en su motocicleta sujetando el amuleto en la mano izquierda. Lah, con los labios pintados de color cereza, se quedó boquiabierto: no tenía ni idea de qué había hecho. Su única intención había sido tener un gesto amable con él, demostrarle su afecto y el resultado no pudo ser más nefasto. Jamás volvió a verlo y jamás entendió el por qué de aquella reacción.

Siri fue al Mekong y arrojó el amuleto a sus turbias y profundas aguas marrones. No había casualidades en su vida, no tenía la menor duda, todo estaba escrito en un pergamino sagrado. Paebob —el portador de los espíritus malévolos— seguía acechando al buen doctor, tenía sed de venganza. El año anterior, durante un exorcismo en Salavan, a Siri le ofrecieron ese mismo amuleto para mantener alejados a los espíritus malignos del bosque y resultó ser un truco. La piedra era en realidad una ventana al mundo espiritual. Siri tuvo la gran suerte de sobrevivir a aquel ataque y ahora Paebob quería castigarlo. Había elegido a Lah para hacerle llegar su advertencia y, por tanto, ella también corría peligro; no podía formar parte de su vida por mucho que Siri quisiera estar con ella. De ninguna manera.

Según Sivilai, toda esa historia no era más que «un montón de mierda de búfalo pinchada en un palo». Dijo que cuando uno tiene más de setenta años y la vida le ofrece una oportunidad así, no hay que hacerle caso a las pamplinas del destino.

—A nuestra edad hermano, estas oportunidades no se presentan todos los días.

—No fue una coincidencia. Yo mandé a esos espíritus a tomar viento, así fue como conseguí salvar a los soldados que estaban tallando los árboles donde habitaban. Imagino que eso no les hizo mucha gracia. Pero, en serio, el prisma fue destruido.

—¿Lo viste con tus propios ojos?

—Sí, bueno, con mis propios ojos no. Pero lo vi reducido a polvo antes de que lo esparciesen por el bosque.

—Entonces no puedes estar seguro de que ese polvo fuese del prisma. Misterio número uno: resuelto.

—Y ¿cómo llegó a Vientián? ¿Cómo llegó al mercadillo? Y de todas las personas que podrían haberlo comprado, ¿por qué Lah?

—Soy un anciano estadista con un intelecto en absoluto desdenable. Puedo resolver muchos de los enigmas que plantea el día a día de un pequeño país del sudeste asiático. Pero mi cupo es de un misterio al día —aclaró Sivilai—. Y ahora, deja que me marche, tengo que volver a casa, mi querida esposa me está esperando. Ah, y recuérdame dónde tengo el coche, anda.

—¿Crees que deberías conducir?

—Desde luego. ¿Acaso hay algo contra lo que estrellarse?

Siri asintió y acompañó a Sivilai hasta la puerta. Tenía razón. En una tarde de domingo de marzo, Vientián parecía una ciudad asediada por una plaga mortal. Tal vez un motociclista podría aventurarse a atravesar el calor vespertino. Un perro quizá podría tumbarse en los adoquines de hormigón y quemarse las pulgas. Pero el resto del mundo estaría en casa esperando la puesta de sol.

Al anochecer, las chicas salían en bicicleta en tándem de dos, paseaban por la calle Fangoum aprovechando la brisita del río y anunciando su disponibilidad a los chicos que venían en bici —también en tándem de dos— en la dirección contraria. Las muchachas no dejaban de enjugarse las sudorosas cejas con los enormes pañuelos rosa de sus madres hasta bien entrada la noche.